

LA VERDAD SOBRE EL CASO DEL SEÑOR VALDEMAR

EDGAR ALLAN POE

No pretenderé, naturalmente, opinar que no exista motivo alguno para asombrarse que el extraordinario caso del señor Valdemar haya promovido una discusión. Sería un milagro que no hubiera sucedido así, especialmente en tales circunstancias. El deseo de todas las partes interesadas en mantener el asunto oculto al público, al menos hasta el presente o hasta que haya alguna oportunidad ulterior para otra investigación, y nuestros esfuerzos a ese efecto han dado lugar a un relato mutilado o exagerado que se ha abierto camino entre la gente, y que llegará a ser el origen de muchas falsedades desagradables, y, como es natural, de un gran descrédito.

Se ha hecho hoy necesario que exponga los *hechos...*, hasta donde los comprendo yo mismo. Helos sucintamente aquí:

Durante estos tres últimos años ha sido repetidamente atraída mi atención por el tema del Mesmerismo o hipnotismo animal, y hace nueve meses, aproximadamente, se me ocurrió de pronto que en la serie de experimentos efectuados hasta ahora existía una muy notable y muy inexplicable omisión: nadie había sido aún mesmerizado *in articulo mortis*. Quedaba por ver, primero, si en semejante estado existía en el paciente alguna sensibilidad a la influencia magnética; en segundo lugar, si, en caso afirmativo, estaba atenuada o aumentada por ese estado; en tercer lugar, cuál es la extensión y por qué período de tiempo pueden ser detenidas las intrusiones de la Muerte con ese procedimiento. Había otros puntos que determinar; pero eran estos los que más excitaban mi curiosidad, el último en particular, dado el carácter enormemente importante de sus consecuencias.

Buscando a mi alrededor algún sujeto por medio del cual pudiese comprobar esas particularidades, acabé por pensar en mi amigo el señor Ernesto Valdemar, compilador muy conocido de la «Bibliotheca Forensica» y autor (bajo el *nom de plume* de Issachar Marx) de las traducciones polacas de «Wallenstein» y de «Gargantúa». El señor Valdemar, que había residido principalmente en Harlem, Nueva York, desde el año de 1839, es (o era) particularmente notable la excesiva delgadez de su persona —sus miembros inferiores se parecían mucho a los de John Randolph— y también por la blancura de sus bigotes, en violento contraste con la negrura de su cabello que últimamente, en consecuencia, era confundido de ordinario con una peluca. Su temperamento marcadamente nervioso, le hacía perfilarse como un buen sujeto para los experimentos mesméricos. En dos o tres ocasiones le había puesto a dormir sin dificultad; pero me sentí defraudado en cuanto a otros resultados que su peculiar constitución me había hecho anticipar. Su voluntad no quedaba en ningún momento positiva o enteramente bajo mi influencia, y respecto a la clarividencia, no pude realizar con él nada digno de mención. Había yo atribuido siempre mi fracaso a esas cuestiones relacionadas con la alteración de su salud. Algunos meses antes de conocerle, sus médicos le habían diagnosticado una tisis comprobada. Era, en realidad, costumbre suya hablar con toda tranquilidad de su cercano fin como de una cuestión que no podía ni evitarse ni lamentarse.

Respecto a esas ideas a que he aludido antes, cuando se me ocurrieron por vez primera pensé, como era natural, en el señor Valdemar. Conocía yo la firme filosofía de aquel hombre para temer cualquier clase de escrúpulos por *su* parte, y no tenía él parientes en América que pudiesen, probablemente, intervenir. Le hablé con toda franqueza del asunto; y ante mi sorpresa, su interés pareció vívidamente excitado. Digo ante mi sorpresa; pues, aunque hubiese él cedido siempre su persona por libre albedrío para mis experimentos, no había demostrado nunca hasta entonces simpatía por mis trabajos. Su enfermedad era de las que no admiten un cálculo exacto con respecto a la época de su término mortal. Quedó, por último, convenido entre nosotros que me mandaría llamar veinticuatro horas antes del período anunciado por sus médicos como el de su muerte.

Hace más de siete meses que recibí la siguiente esquela del propio señor Valdemar:

«MI QUERIDO P--:

»Puede usted venir *ahora*. D----- y F----- están de acuerdo en que no llegaré a las doce de la noche de mañana, y creo que han acertado con el plazo exacto o poco menos.

»VALDEMAR.»

Recibí esta esquela una media hora después de haber sido escrita, y a los quince minutos todo lo más, me encontraba en la habitación del moribundo. No le había visto en diez días, y me quedé aterrado de la espantosa alteración que en tan breve lapso se había producido en él. Su cara tenía un color plomizo, sus ojos estaban completamente apagados, y su delgadez era tan extrema, que los pómulos habían perforado la piel. Su expectoración era excesiva. El pulso, apenas perceptible. Conservaba, sin embargo, de una manera muy notable sus facultades mentales y alguna fuerza física. Hablaba con claridad —tomaba algunas medicinas calmantes sin ayuda— y, cuando entré en la habitación, estaba ocupado en escribir a lápiz unas notas en un pequeño cuaderno de bolsillo. Estaba incorporado en la cama, gracias a unas almohadas. Los doctores D----- y F----- le prestaban asistencia.

Después de haber estrechado la mano del señor Valdemar, llevé a aquellos caballeros aparte y obtuve un minucioso informe del estado del paciente. El pulmón izquierdo se hallaba desde hacía ocho meses en un estado semióseo o cartilaginoso y era, por consiguiente, desde todo punto inútil para cualquier función vital. El derecho, en su parte superior, estaba también parcial, si no totalmente, osificado, mientras la región inferior era sólo una masa de tubérculos purulentos, entremezclados entre sí. Existían varias perforaciones extensivas, y en cierto punto había una adherencia permanente de las costillas. Estas manifestaciones en el lóbulo derecho eran de fecha relativamente reciente. La osificación había avanzado con una inusitada rapidez; no se había descubierto ningún signo un mes antes, y la adherencia no había sido observada hasta tres días antes. Con independencia de la tisis, en el paciente se sospechaba de aneurisma de la aorta; pero sobre este punto, los síntomas de osificación hacían imposible un diagnóstico exacto. Fue la opinión de ambos médicos que el señor Valdemar moriría alrededor de medianoche del día siguiente (domingo). Eran entonces las siete de la noche del sábado.

Al separarse de la cabecera del doliente para hablar conmigo, los doctores D----- y F----- le habían dado una despedida final. No tenían intención de volver; pero, a requerimiento mío, consintieron en venir a visitar de nuevo al paciente hacia las diez de la noche siguiente.

Cuando ellos se habían ido, hablé libremente con el señor Valdemar sobre su cercana muerte, así como en especial del experimento proyectado. Se mostró decidido a ello con la mejor voluntad, ansioso de efectuarlo, y me apremió para que comenzase en seguida. Estaban allí para asistirle como enfermeros un criado y una sirvienta; pero no me sentí bastante autorizado para comprometerme en una tarea de aquel carácter sin otros testimonios de mayor confianza que el que pudiesen aportar aquellas personas en el caso de algún accidente repentino. Iba a aplazar, pues, la operación hasta las ocho de la noche siguiente, cuando la llegada de un estudiante de medicina, con quien tenía yo cierta amistad, (el señor Teodoro L-----), me sacó por completo de apuros. Mi primera intención fue esperar a los médicos; pero me indujeron a obrar en seguida, en primer lugar, los apremiantes ruegos del señor Valdemar, y en segundo lugar, mi convicción que no podía perder un momento, pues aquel hombre se hundía con rapidez.

El señor L----- fue tan amable, que accedió a mi deseo que tomase notas de todo cuanto ocurriese, y gracias a su memorándum, puedo ahora relatarlo en su mayor parte, condensando o copiando al pie de la letra.

Faltarían unos cinco minutos para las ocho, cuando, tomando la mano del paciente, le rogué que manifestase al señor L-----, lo más claramente que le permitiera su estado, que él (el señor Valdemar) estaba completamente deseoso que yo realizara el experimento mesmerizándolo en aquel estado.

Replicó él, débilmente, pero de un modo muy audible:

—Sí, deseo ser mesmerizado —añadiendo al punto—: Temo que lo haya usted diferido demasiado.

Mientras hablaba así, comencé a dar los pases que yo había encontrado como los más eficaces para dominarle. Estaba él, sin duda, influido por el primer golpe lateral de mi mano a través de su frente; pero, aunque ejercité todo mi poder, no se manifestó ningún efecto hasta unos minutos después de las diez, cuando los doctores D----- y F----- llegaron, de acuerdo con la cita. Les expliqué en pocas palabras lo que me proponía hacer, y como ellos no opusieron ninguna objeción, diciendo que el paciente estaba ya en la agonía, proseguí, sin vacilación, cambiando, no obstante, los pases laterales por otros hacia abajo, dirigiendo exclusivamente mi mirada a los ojos del paciente.

Durante ese rato su pulso fue imperceptible y su respiración estertorosa, y con intervalos de medio minuto.

Aquel estado continuó inalterable casi durante un cuarto de hora. Al terminar este tiempo, sin embargo, se escapó del pecho del moribundo un muy profundo suspiro natural, y la respiración estertorosa cesó, es decir, no fue ya sensible aquel estertor; no disminuían los intervalos. Las extremidades del paciente estaban frías como el hielo.

Cinco minutos antes de las once, percibí signos inequívocos de la influencia mesmérica. El movimiento giratorio de los ojos vidriosos se convirtió en esa expresión de desasosegado examen *intrínseco* que no se ve excepto en los casos de somnambulismo, y que no se puede confundir. Con unos pocos pases laterales rápidos hice estremecerse los párpados, como en un sueño incipiente, y con otros cuantos más se los hice cerrar. No estaba yo satisfecho con esto, a pesar de todo, por lo que proseguí mis manipulaciones de manera enérgica y con el más pleno esfuerzo de voluntad, hasta que hube dejado bien rígidos los miembros del durmiente, después de colocarlos en una postura aparentemente cómoda. Las piernas estaban estiradas

por entero; los brazos, casi lo mismo, descansando sobre el lecho a una moderada distancia de los riñones. La cabeza estaba ligeramente levantada.

Cuando hube realizado esto, era la medianoche exacta, y rogué a los caballeros allí presentes que examinasen el estado del señor Valdemar. Después de varias pruebas, reconocieron que se hallaba en un inusitado y perfecto estado de trance mesmérico. La curiosidad de ambos médicos estaba muy excitada. El doctor D----- decidió en seguida permanecer con el paciente toda la noche, mientras el doctor F----- se despidió, prometiendo volver al despuntar el día. El señor L----- y los criados se quedaron allí.

Dejamos al señor Valdemar completamente tranquilo hasta cerca de las tres de la madrugada; entonces me acerqué a él, y le encontré en el mismo estado que cuando el doctor F----- se marchó, es decir, tendido en la misma posición. Su pulso era imperceptible; la respiración, suave (apenas sensible, excepto al aplicarle un espejo sobre los labios); los ojos estaban cerrados con naturalidad, y los miembros, tan rígidos y fríos como el mármol. A pesar de todo, el aspecto general no era en modo alguno el de la muerte.

Al acercarme al señor Valdemar hice una especie de semiesfuerzo para que su brazo derecho siguiese al mío durante los movimientos que éste ejecutaba sobre uno y otro lado de su persona. En experimentos semejantes con este paciente no había tenido nunca un éxito absoluto, y de seguro no pensaba tenerlo ahora tampoco; pero, para sorpresa mía, su brazo siguió con la mayor facilidad, aunque débilmente, todas las direcciones que le indicaba yo con el mío. Decidí arriesgar unas cuantas palabras de conversación.

—Señor Valdemar —dije—, ¿duerme usted?

No respondió, pero percibí un temblor en sus labios, y eso me indujo a repetir la pregunta una y otra vez. A la tercera, todo su ser se agitó con un ligero estremecimiento; los párpados se levantaron por sí mismos hasta descubrir una línea blanca del globo; los labios se movieron perezosamente, y por ellos, en un murmullo apenas audible, salieron estas palabras:

—Sí, duermo ahora. ¡No me despierte!... ¡Déjeme morir así!

Palpé sus miembros, y los encontré más rígidos que nunca. El brazo derecho, como antes, obedecía la dirección de mi mano. Pregunté al somnámbulo de nuevo:

—¿Aún siente dolor en el pecho, señor Valdemar?

La respuesta ahora fue inmediata, pero menos audible que antes:

—No siento dolor... ¡Estoy muriendo!

No creí conveniente molestarle más, por el momento, y no se dijo ni se hizo ya nada hasta la llegada del doctor F-----, quién llegó un poco antes de la salida del sol, y manifestó su asombro sin límites al encontrar al paciente todavía vivo. Después de tomarle el pulso y de aplicar un espejo a sus labios, me rogó que hablase de nuevo al somnámbulo. Así lo hice, diciendo:

—Señor Valdemar, ¿sigue usted dormido?

Como antes, pasaron algunos minutos hasta que una respuesta fuese hecha, y durante ese intervalo el moribundo pareció reunir sus energías para hablar. Al repetirle por cuarta vez la pregunta, dijo él muy débilmente, de un modo casi inaudible:

—Sí, aún duermo... Muero.

Fue entonces opinión, o más bien deseo, de los médicos que el señor Valdemar permaneciese sin ser molestado en su actual y aparentemente tranquilo estado, hasta que sobreviniese la muerte..., lo cual debía de tener lugar, a juicio unánime de ambos, dentro de escasos minutos. Decidí, con todo, hablarle una vez más, repitiéndole simplemente mi pregunta anterior.

Mientras yo hablaba, se produjo un marcado cambio en la cara del somnábulo. Los ojos giraron en sus órbitas despacio, las pupilas desaparecieron hacia arriba, la piel tomó un tinte general cadavérico, pareciendo no tanto un pergamino como un papel blanco, y las frenéticas manchas circulares, que antes estaban muy marcadas en el centro de cada mejilla, se *disiparon* de súbito. Empleo esta expresión porque lo repentino de su desaparición me hizo pensar en una vela apagada de un soplo. El labio superior al mismo tiempo se retorció, alzándose sobre los dientes, que hacía un instante cubría por entero, mientras la mandíbula inferior cayó con una sacudida perceptible, dejando la boca abierta por completo y al descubierto, a simple vista, la lengua hinchada y negruzca. Supongo que todos los presentes estaban acostumbrados a los horrores de un lecho mortuario; pero el aspecto del señor Valdemar era en aquel momento tan espantoso y tan fuera de lo imaginable, que hubo un retroceso general alrededor del lecho.

Siento ahora que he llegado a un punto de este relato en que todo lector, sobrecogido, me negará crédito. Es mi tarea, no obstante, simplemente proseguir.

No había ya en el señor Valdemar el menor signo de vitalidad, y llegando a la conclusión que había muerto, le dejábamos a cargo de los enfermeros cuando observamos un fuerte movimiento vibratorio en la lengua. Esto duró quizá un minuto. Al transcurrir, de las separadas e inmóviles mandíbulas salió una voz tal, que sería locura intentar describirla. Hay, por cierto, dos o tres epítetos que podrían serle aplicados en cierto modo; puedo decir, por ejemplo, que aquel sonido era áspero, desgarrado y hueco; pero el espantoso conjunto era indescriptible, por la sencilla razón que sonidos análogos no han hecho vibrar nunca el oído de la Humanidad. Había, sin embargo, dos particularidades que —así lo pensé entonces, y aún lo sigo pensando— pueden ser tomadas justamente como características de la entonación, como apropiadas para dar una idea de su espantosa peculiaridad. En primer lugar, la voz parecía llegar a nuestros oídos —por lo menos, a los míos— desde una gran distancia, o desde alguna profunda caverna subterránea. En segundo lugar, me impresionó (temo realmente que me sea imposible hacerme comprender) como las materias gelatinosas o viscosas impresionan el sentido del tacto.

He hablado a la vez de «sonido» y de «voz». Quiero decir que el sonido era de un silabeo claro, o aún más, asombrosa y espeluznantemente claro. El señor Valdemar *habló*, sin duda, respondiendo a la pregunta que le había yo planteado minutos antes. Le había preguntado, como se recordará, si seguía dormido. Y él dijo ahora:

—Sí..., no; estuve durmiendo..., y ahora..., ahora..., *estoy muerto*.

Ninguno de los presentes fingió nunca negar o intentó reprimir el indescriptible y estremecido horror que esas pocas palabras, así proferidas, tan bien calculadas, le produjeron. El señor L-----I (el estudiante) se desmayó. Los criados huyeron inmediatamente de la habitación, y no pudimos inducirles a retornar. No pretendo hacer inteligibles para el lector mis propias impresiones. Durante casi una hora nos ocupamos nosotros mismos, en silencio —sin pronunciar una palabra— en los esfuerzos para hacer revivir al señor L-----I. Cuando volvió en sí, proseguimos juntos de nuevo el examen del estado del señor Valdemar.

Permanecía en todos los aspectos tal como he descrito últimamente, a excepción que el espejo ya no recogía señales de respiración. Una tentativa de sangría en el brazo falló. Debo mencionar también que ese miembro no estaba ya sujeto a mi voluntad. Me esforcé en vano para hacer que siguiera la dirección de mi mano. La única señal real de influencia mesmérica se manifestaba ahora en el movimiento vibratorio de la lengua, cada vez que yo dirigía una pregunta al señor Valdemar. Él parecía hacer un esfuerzo para contestar, pero no tenía ya la suficiente voluntad. A las preguntas efectuadas por cualquier otra persona que no fuese yo, parecía absolutamente insensible, aunque procuré poner a cada miembro de aquella reunión en *entendimiento* mesmérico con él. Creo que ahora he relatado cuanto es necesario para hacer comprender el estado del somnábulo en aquel período. Buscamos otros enfermeros, y a las diez salí de la casa en compañía de los dos médicos y del señor L-----l.

Por la tarde todos regresamos a ver al paciente. Su estado seguía siendo exactamente el mismo. Tuvimos entonces una discusión sobre la conveniencia y la posibilidad de despertarle, pero nos costó poco trabajo ponernos de acuerdo en que ningún buen propósito se lograría al hacerlo. Era evidente que, hasta entonces, la muerte (o lo que suele designarse con el nombre de muerte) había sido detenida por el proceso mesmérico. Nos pareció claro a todos que el despertar al señor Valdemar sería, sencillamente, asegurar su instantáneo o, por lo menos, su rápido fin.

Desde ese período hasta la terminación de la última semana —*un intervalo cercano a siete meses*—, seguimos reuniéndonos todos los días en casa del señor Valdemar, de cuando en cuando acompañados de médicos y otros amigos. Durante ese tiempo, el sonábulo seguía estando *exactamente* tal como he descrito ya. La vigilancia de los enfermeros era continua.

Fue el viernes último cuando decidimos, por fin, efectuar el experimento de despertarle, o de intentar despertarle, y es el (quizás) desafortunado resultado de este último experimento el que ha dado origen a tantas discusiones en los círculos privados, en muchas de las cuales no puedo por menos de ver una credulidad popular injustificable.

A fin de sacar al señor Valdemar del estado de trance mesmérico, empleé los acostumbrados pases. Durante un rato resultaron infructuosos. La primera señal de su vuelta a la vida se manifestó por un descenso parcial del iris. Observamos, como algo especialmente notable, que ese descenso de la pupila iba acompañado de un abundante derrame de un licor amarillento (por debajo de los párpados) con un olor acre muy desagradable.

Me sugirieron entonces que intentase influir sobre el brazo del paciente, como en los pasados días. Lo intenté y fracasé. El doctor F----- expresó su deseo que le dirigiese una pregunta. Lo hice del modo siguiente:

—Señor Valdemar, ¿puede usted explicarnos cuáles son ahora sus sensaciones o deseos?

Hubo una reaparición instantánea de los frenéticos círculos sobre las mejillas; la lengua se estremeció, o más bien se enrolló violentamente en la boca (aunque las mandíbulas y los labios siguieron tan rígidos como antes), y, por último, la misma horrenda voz que ya he descrito antes prorrumpió:

—¡Por el amor de Dios!... Rápido..., rápido..., póngame a dormir..., o despiérteme rápido..., ¡rápido!...
¡Le digo que estoy muerto!

Estaba yo acobardado a más no poder, y durante un momento permanecí indeciso sobre lo que debía hacer. Intenté primero un esfuerzo para calmar al paciente, pero al fracasar, en vista de aquella total suspensión de la voluntad, cambié de método y luché denodadamente por despertarle. Pronto vi que esta tentativa iba a tener un éxito completo —o al menos me imaginé que mi éxito sería completo— y estoy seguro que todos los que permanecían en la habitación se preparaban a ver despertar al paciente.

Por lo que ocurrió realmente, sin embargo, es desde todo punto imposible que ningún ser humano estuviera preparado.

Cuando efectuaba yo los pases mesméricos, entre gritos de «¡muerto, muerto!», que hacían por completo *explosión* desde la lengua y no sobre los labios del paciente, su cuerpo entero, de pronto..., en el espacio de un solo minuto, o incluso en menos tiempo, se contrajo —desmenuzado— absolutamente *descompuesto* bajo mis manos. Sobre el lecho, ante todos los presentes, yacía una masa casi líquida de repugnante..., de aborrecible putrefacción.

FIN

Título Original: *The Facts in the Case of M. Valdemar* © 1845.
Digitalización, Revisión y Edición Electrónica de Arácnido.
Revisión 4.